

Lev Tolstói

Guerra y paz, 2

Versión directa del ruso y notas
de Irene y Laura Andresco
Presentación de Víctor Andresco



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Voiná i mir*

Primera edición: 2008

Segunda edición: 2011

Séptima reimpresión, revisada: 2022

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Ilustración de cubierta: Jacques-Louis David, *La Condesa Daru*. Colección Frick. Nueva York

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la presentación: Víctor Andresco Peralta, 2008

© de la traducción y notas: Herederos de Irene y Laura Andresco

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7441-4 (T. 2)

ISBN: 978-84-206-9072-8 (O. C.)

Depósito legal: B. 35.652-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Tomo 1

- 9 Presentación: Tolstói en la cima de la novela, por Víctor Andresco

GUERRA y paz

- 17 Primera parte
176 Segunda parte
309 Tercera parte
443 Cuarta parte
515 Quinta parte
618 Sexta parte
719 Séptima parte
787 Octava parte

Tomo 2

- 9 Novena parte
128 Décima parte
336 Undécima parte
500 Duodécima parte
575 Decimotercera parte
640 Decimocuarta parte
705 Decimoquinta parte

Índice

781 Epílogo: Primera parte

855 Epílogo: Segunda parte

Apéndice

915 Algunas palabras a propósito de *Guerra y paz*

Novena parte

1

Hacia fines de 1811 se empezó el armamento intensivo y la concentración de fuerzas en la Europa occidental, y en 1812 estas fuerzas, formadas por millones de hombres (incluyendo los encargados de los transportes y de los aprovisionamientos), avanzaban de Oeste a Este con dirección a las fronteras rusas, donde, desde 1811, se encontraban las tropas del zar. El 12 de junio las tropas de Europa occidental atravesaron las fronteras y la guerra empezó, es decir, tuvo lugar un hecho contrario a la razón y a la naturaleza humana. Millones de hombres cometieron unos contra otros infinidad de crímenes, de engaños, de traiciones, de robos, de falsificaciones de billetes de cambio, de saqueos, de incendios y de asesinatos, que todos los tribunales del mundo no podrían recoger en sus anales durante siglos enteros. No obstante, en aquel período, los que cometieron aquellos delitos no los consideraban como tales.

¿Qué produjo aquel insólito acontecimiento? ¿Cuáles fueron las causas? Los historiadores afirman, con una seguridad pueril, que las causas de aquel hecho estribaban en la ofensa hecha

al duque de Oldenburg, en la inobservancia del bloqueo continental, en la ambición de poderío de Bonaparte, en la firmeza de Alejandro I, en los errores de los diplomáticos, etc.

Por consiguiente, habría bastado que Metternich, Rumiántsev o Talleyrand, entre una recepción de la corte y una reunión, hubieran redactado con arte un documento o bien que Napoleón hubiera escrito al zar Alejandro: *Monsieur mon frère, je consens à rendre le duché au duc d'Oldenbourg*¹, para que la guerra no hubiese estallado.

Es natural que éste fuera el punto de vista de los contemporáneos. Se concibe que Napoleón creyera que la guerra tenía por causa las intrigas de Inglaterra (como lo dijo en la isla de Santa Elena); se comprende que los miembros de la Cámara inglesa atribuyeran la guerra a la ambición de Bonaparte; el duque de Oldenburg, a las violencias de que había sido objeto; los comerciantes, al bloqueo continental que arruinaba a Europa; los soldados viejos y los generales, a la necesidad de utilizarlos; los legitimistas, a la necesidad de restablecer *les bons princes*; los diplomáticos, al hecho de que la alianza rusoaustríaca de 1809 no hubiese sido hábilmente disimulada a Napoleón y el memorándum número 178 estuviese mal redactado. Se puede concebir que estas causas y muchas otras, cuyo número varía según los diferentes puntos de vista, se hubieran utilizado para convencer a los contemporáneos, pero a nosotros, que contemplamos el acontecimiento con toda su magnitud y que comprendemos claramente su sentido sencillo y terrible, nos parecen insuficientes. No podemos comprender que millones de hombres cristianos se mataran y se torturaran porque Napoleón ambicionaba el poder, por la firmeza de Alejandro I, por la astucia de la política inglesa o porque el duque de Oldenburg se sintiese ofendido. Es imposible relacionar el nexo de tales acontecimientos con el hecho consumado del

1. Señor y hermano, consiento en devolver el ducado de Oldenburg.

asesinato y de la violencia. ¿Acaso es posible que, por el hecho de haber sido ofendido el duque de Oldenburg, millares de seres de otro extremo de Europa mataran y arruinaran a los habitantes de las provincias de Smolensk y de Moscú para morir después a manos de ellos?

Para nosotros, que no somos contemporáneos ni historiadores, que no nos hemos entregado a investigaciones de carácter histórico y que, por tanto, consideramos los hechos sin ofuscación y con buen sentido, nos parecen incalculables estas causas. A medida que vamos profundizando en la investigación de éstas, y cuantas más descubrimos, bien si discernimos cada una de ellas separadamente o las consideramos todas juntas, se nos presentan igualmente justas por sí mismas, e igualmente falsas por su propia insignificancia en comparación con la magnitud del hecho y por su insuficiencia para producirlo si no participan las demás razones concordantes. La negativa de Napoleón a retirar sus tropas al otro lado del Vístula y a restituir el ducado de Oldenburg tiene para nosotros el mismo valor que el deseo o la desgana de un primer cabo francés de reengancharse, pues si no hubiera querido reanudar el servicio militar y hubieran seguido su ejemplo miles de cabos y de soldados, habría habido muchos menos hombres en el ejército de Napoleón y éste no hubiera podido hacer la guerra.

Si Bonaparte no se hubiera ofendido al recibir la conminación de retirarse al otro lado del Vístula y no hubiera ordenado a sus tropas que avanzaran, no habría habido guerra; pero si todos los sargentos se hubieran negado a reengancharse, la guerra habría sido igualmente imposible. Tampoco habría habido guerra si Inglaterra no hubiera intrigado, si no hubiesen existido el duque de Oldenburg, la susceptibilidad de Alejandro I, el poder absolutista en Rusia, la Revolución francesa, el Directorio y el Imperio que la siguieron, ni las causas que la motivaron, etc., etc. De haber faltado alguna de aquellas circunstancias, nada hubiera ocurrido. Así, pues, era necesaria

la concurrencia de un sinfín de hechos para que todo sucediera así. Ninguna circunstancia exclusiva fue la causa del acontecimiento que tuvo que producirse inevitablemente. Era preciso que millones de hombres, renegando de sus sentimientos humanitarios y de su razón, fueran desde Occidente a Oriente para matar a sus semejantes, lo mismo que varios siglos atrás habían hecho otros hombres que procedían desde Oriente y fueron a Occidente.

Los actos de Napoleón y de Alejandro, sus palabras –de las que parecía depender la realización o la no realización de los acontecimientos– eran tan poco arbitrarios como los de cualquier soldado que iba a la guerra debido al sorteo o al reclutamiento. No podía ocurrir otra cosa porque, para que la voluntad de Napoleón o de Alejandro I (personas de las cuales parecía depender el acontecimiento) se realizara, era necesaria la concurrencia de una cadena de circunstancias; la falta de una sola lo hubiera impedido. Era preciso que millones de hombres en cuyas manos estaba la verdadera fuerza, los soldados que disparaban, los encargados de las vituallas y de los cañones, estuviesen de acuerdo para acatar la voluntad de individuos aislados, débiles, y se sometieron a esa multitud de causas complicadas y distintas. En la ciencia histórica el fatalismo es indispensable para explicar hechos que carecen de sentido (es decir, aquellos cuya razón de ser no entendemos). Cuanto más intentamos explicarnos estos fenómenos históricos, tanto más insensatos e incomprensibles nos parecen.

Cada hombre vive para sí mismo, disfruta de la libertad para lograr sus objetivos personales y siente con todo su ser que puede realizar o no realizar un acto cualquiera; sin embargo, tan pronto como hace una cosa se encuentra con que ya es irreparable y que la Historia se apodera de ella; ya no es una acción libre, sino una acción predestinada.

En la vida de cada hombre hay dos aspectos: la vida personal, que es tanto más libre cuanto más abstractos sean sus inte-

reses, y la vida común, en que el hombre obedece inevitablemente las leyes que le han sido prescritas.

El hombre vive conscientemente para sí mismo, pero sirve de instrumento inconsciente a los fines históricos de la Humanidad. El acto realizado es irreparable, y su influencia, que concuerda al pasar el tiempo con millones de actos realizados por otros hombres, adquiere importancia histórica. Cuanto más elevado se encuentre el hombre en la escala social, cuanto más ligado se encuentre con los que están en un plano superior, tanto más poder tiene sobre nosotros y más evidentes son la predestinación y la fatalidad de cada uno de sus actos.

«El corazón del zar se halla en la mano de Dios.»

El rey es esclavo de la Historia.

La Historia, es decir, la vida inconsciente, la vida común, la del enjambre de la Humanidad, se aprovecha de cada momento de la existencia de los reyes como de un arma para conseguir sus propios fines.

A pesar de que en 1812 Napoleón estuviera más convencido que nunca de que de él dependía *verser ou ne pas verser le sang de ses peuples*¹, como se lo había escrito en una carta Alejandro I, nunca había estado tan sometido como entonces a las leyes inevitables que le impulsaban (si bien le parecía obedecer a su propio albedrío) a hacer para la causa común, para la Historia, lo que debía realizarse.

Hombres de Occidente marchaban hacia Oriente para matar a sus semejantes, y por una serie de coincidencias correspondieron a este hecho millares de pequeños motivos necesarios a aquel movimiento y a aquella guerra; los reproches por la inobservancia del bloqueo continental, el asalto contra el duque de Oldenburg, el movimiento de tropas hacia Prusia,

1. Derramar o no la sangre de sus pueblos.

emprendido, según creía Bonaparte, únicamente para lograr la realización de la paz armada, el amor y los hábitos de guerra del emperador de los franceses, que coincidía con las disposiciones de su pueblo, la pasión por los preparativos, sus enormes gastos, la necesidad de adquirir ventajas para compensar los clamorosos honores de Dresde; las entrevistas diplomáticas, que, según la opinión de los contemporáneos, estaban encaminadas hacia un deseo sincero de conseguir la paz, pero que sólo lograron picar el amor propio de ambas partes, y millares de otras causas coincidieron con el próximo acontecimiento y concordaron perfectamente con él.

¿Por qué cae la manzana cuando está madura? ¿Porque se siente atraída por la tierra, porque su tallo se va secando porque el sol lo reseca, porque se hace más pesada, porque el viento la sacude o, sencillamente, porque el niño que se encuentra al pie del árbol se la quiere comer?

No es por ninguna de estas causas separadamente. Todo estriba en la concordancia de las condiciones en las cuales se produce cada acontecimiento vital, orgánico, elemental. El botánico que descubre que la manzana cae porque sus tejidos se descomponen tiene razón lo mismo que el niño que dice que la manzana ha caído porque se la quería comer y había rezado para que así ocurriera. Los que digan que Napoleón fue a Moscú porque quiso y que se perdió porque Alejandro I se propuso hundirle tendrán razón o no la tendrán, lo mismo que los que afirmen que una montaña de millones de *puds*¹ minada en su base se ha derrumbado porque el último obrero le ha dado el último golpe con su pico. En los acontecimientos históricos los llamados grandes hombres son unas etiquetas que dan un título a un hecho, y lo mismo que éstas, son los que menos relación tienen con el hecho mismo.

1. Un *pud* equivale a 16,38 kilogramos.

Cada uno de sus actos, que les parece voluntario, no lo es en el sentido histórico, sino que se encuentra definido para siempre y enlazado con la marcha general de la Historia.

2

El 29 de mayo Napoleón salió de Dresde, donde había pasado tres semanas rodeado de la corte, formada de príncipes, duques, reyes e incluso de un emperador. Antes de marcharse dispensó amabilidades al emperador, a los príncipes y a los reyes que se las habían merecido; riñó a los reyes y a los príncipes de los cuales estaba descontento, regaló sus perlas y sus brillantes, es decir, las joyas arrebatadas a otros reyes, a la emperatriz de Austria, y después de abrazar con ternura a la emperatriz María Luísa, considerada como su mujer, a pesar de que en París tenía otra, la dejó, según dice un historiador, muy triste por la separación y sin fuerzas de poder soportarla. Aunque los diplomáticos estuvieran aún firmemente convencidos de la posibilidad de la paz y trabajasen para mantenerla con verdadero interés, aunque Napoleón escribiera personalmente a Alejandro I llamándolo *Monsieur mon frère* y le asegurara con toda sinceridad que no deseaba la guerra y que lo estimaría y respetaría siempre, lo cierto es que emprendió la marcha, dirigiéndose al ejército, y dio órdenes nuevas en cada estación, para activar el movimiento de las tropas hacia el Este. En una carroza de viaje tirada por seis caballos y rodeado de pajes, ayudantes y de la guardia, siguió por los caminos de Pozen, Thorn Dantzig y Koenigsberg. En cada una de esas ciudades, millares de personas lo aclamaron con gran entusiasmo.

El ejército avanzaba hacia el Este, y los seis caballos que se iban relevando conducían a Bonaparte en la misma dirección. El 10 de junio Napoleón se reunió con su ejército e hizo noche

en el bosque de Vilkovisski. Le habían preparado alojamiento en la finca de un conde polaco.

Al día siguiente, Napoleón, adelantando las tropas, fue en su coche hacia el Niemen y, para inspeccionar los sitios por donde habían de pasar los soldados, se puso el uniforme polaco y llegó hasta el río.

Al ver al otro lado *les cosaques y les steppes*, en medio de las cuales estaba *Moscou, la ville sainte*, la capital de aquel Estado semejante al de los escitas, adonde había ido Alejandro de Macedonia, Napoleón, con gran extrañeza de todos, y contrariamente a las consideraciones estratégicas y diplomáticas, ordenó la invasión y, al día siguiente, sus tropas empezaron a atravesar el Niemen.

El día 12, muy de mañana, Bonaparte salió de la tienda, instalada en la escarpada orilla izquierda del río, y presenció por medio de un anteojo las masas de soldados que salían del bosque de Vilkovisski y atravesaban los tres puentes que habían tendido sobre el Niemen. Los soldados, enterados de la presencia del emperador, lo buscaban con los ojos y, cuando descubrían su figura, con levita y sombrero, que se destacaba del séquito, echaban al aire sus gorros, gritando: «*Vive l'empereur!*». Y uno tras otro, sin agotarse, iban saliendo del enorme bosque que los ocultaba y, colocándose en filas, atravesaban los tres puentes.

—On fera du chemin cette fois-ci. Oh! Quand il s'en mêle lui-même ça chauffe... Nom de Dieu... Le voilà... Vive l'empereur! Nous voilà donc les steppes de l'Asie. Vilain pays tout de même. Au revoir, Beauché; je te réserve le plus beau palais de Moscou. Au revoir, bonne chance... L'as-tu vu l'empereur? Vive l'empereur... preur...! Si on me fait gouverneur aux Indes, Gérard, je te fais ministre de Cachemire, c'est arrêté. Vive l'empereur! Vive! Vive! Vive! Les gredins de cosaques, comme ils filent. Vive l'empereur! Le voilà! Le vois-tu? Je l'ai vu deux fois comme je te vois. Le petit caporal... Je l'ai vu donner la croix

*à l'un des vieux... Vive l'empereur...*¹, decían todos, tanto los viejos como los jóvenes, hombres de diversos caracteres y situaciones sociales.

Las caras de todos estos soldados expresaban una alegría común porque había empezado la campaña esperada durante tanto tiempo y por el entusiasmo y la fidelidad que sentían hacia el hombre de la levita gris que se hallaba sobre la colina.

El 13 de junio, Napoleón, montado sobre un caballo árabe de pura sangre que acababan de traerle, se dirigió al galope a uno de los puentes del Niemen ensordecido por los gritos de entusiasmo que soportaba, sin duda, porque no podía impedir que sus soldados expresaran así el cariño que le profesaban; sin embargo, aquellos gritos que lo acompañaban por doquier le molestaban, lo distraían de las preocupaciones de índole militar, que absorbían su atención desde que se había reunido con el ejército. Atravesó uno de los puentes, vacilante sobre las barcas, y, al llegar a la otra orilla, giró hacia la izquierda y galopó en dirección a Kovno, precedido por una escolta de cazadores de la guardia montada, entusiasmados y aturridos de satisfacción, que le iban abriendo el camino. Al llegar al ancho cauce del Vístula, se detuvo junto a un regimiento polaco de ulanos, apostado en la orilla.

—¡Viva! —gritaron los polacos con el mismo entusiasmo, deshaciendo las formaciones y agolpándose para ver de cerca al emperador.

1. Esta vez sí que iremos lejos. ¡Oh! Cuando él interviene en el asunto, es que va en serio... ¡Ahí está! ¡Viva el emperador! Éstas son, pues, las estepas del Asia. Sea como sea, es un país feo. Adiós, Beauché, te guardaré el mejor palacio de Moscú. Adiós, buena suerte... ¿Has visto al emperador? ¡Viva el emperador! Si me nombran gobernador de las Indias, Gérard, te haré ministro de Cachemira, está decidido. ¡Viva el emperador! ¡Viva, viva, viva! Hay que ver cómo huyen esos granujas de cosacos. ¡Viva el emperador! ¡Ahí está! ¿Lo ves? Dos veces lo he visto como te veo ahora a tí. El cabito... Le vi imponer la cruz a uno de los viejos... ¡Viva el emperador!

Napoleón inspeccionó el río; descabalgó y se sentó sobre un tronco de árbol que había en la orilla. Hizo una señal en silencio y en seguida le trajeron un anteojó, que apoyó en el hombro de un paje que, muy feliz, se le había acercado corriendo, y se puso a mirar a la ribera de enfrente. Después se sumergió en el examen de un mapa que habían extendido entre unos troncos de árbol. Sin levantar la cabeza dijo algo, y dos ayudantes de campo corrieron hacia los ulanos polacos.

—¿Qué hay? ¿Qué ha dicho? —se oyó decir en las filas cuando se hubo acercado uno de éstos.

Napoleón había dispuesto que se buscara el vado para cruzar el río. El coronel polaco de los ulanos, un hombre apuesto de cierta edad, preguntó al ayudante, sonrojado y embrollándose de emoción, si le permitirían cruzar el río con sus hombres sin buscar el vado. Sin duda con el temor de una negativa, lo mismo que un chiquillo que pide permiso para montar a caballo, rogó que le dejaran atravesar el río a la vista del emperador. El ayudante contestó que probablemente Napoleón no estaría descontento de aquella prueba de celo.

Apenas el ayudante hubo dicho esto, el viejo jefe bigotudo desenvainó la espada y, con la cara radiante y los ojos relucientes, gritó: «¡Viva!».

Y después de ordenar a sus ulanos que lo siguieran, se dirigió al río. Espoleó con ira al animal, que vacilaba, y se lanzó al agua, hacia el centro de la corriente. Hacía frío y se estaba a disgusto en el agua. Los ulanos tropezaban unos con otros y se caían de los caballos. Algunos animales se ahogaron y también algunos hombres; otros intentaban nadar hacia adelante, hacia el otro lado. A pesar de que a media versta de allí había un vado, se enorgullecían de nadar y ahogarse en presencia de aquel hombre que, sentado sobre el tronco, ni siquiera miraba lo que hacían. Cuando el ayudante de campo, aprovechando el momento favorable, se permitió llamar la atención del emperador sobre la fidelidad de los polacos hacia su persona, el hombrecillo de la levita gris se levantó y, llaman-

do a Berthier, empezó a pasear de arriba abajo y le dio órdenes, dirigiendo de cuando en cuando una mirada de disgusto a los soldados que se ahogaban y distraían su atención.

No constituía ninguna novedad para él que su presencia impresionara y precipitara a la locura del olvido de sí mismos a los hombres en todas las partes del mundo, desde África hasta las estepas de Moscú. Mandó que le trajeran el caballo y se fue a su campamento.

Se ahogaron cuarenta ulanos, a pesar de las barcas que enviaron para auxiliarlos. La mayoría de ellos fueron arrojados de nuevo a la misma orilla. El coronel y algunos soldados lograron atravesar el río y salieron al otro lado con grandes esfuerzos. Pero en cuanto hubieron puesto pie en tierra, con los uniformes chorreando agua, gritaron: «¡Viva!», mirando con entusiasmo al lugar donde poco antes había estado Napoleón. En aquel momento se consideraban muy felices.

Por la noche, Napoleón, después de dar orden de que se acelerase el envío de los billetes de banco rusos falsificados para introducirlos en Rusia y de que se fusilase a un sajón al que habían cogido con una carta sobre la disposición del ejército francés, dispuso que fuera inscrito en la *Légion d'honneur*, de la que Bonaparte era jefe, el coronel polaco que se había arrojado al río sin ninguna necesidad.

*Quos Deus vult perdere, prius dementat*¹.

3

Mientras tanto, el emperador ruso llevaba más de un mes en Vilna, donde pasaba revistas y asistía a las maniobras. No había nada organizado para la guerra que todos esperaban y para cuyos preparativos precisamente había llegado desde San Petersburgo el emperador.

1. A aquellos a quienes Dios quiere perder, primero los vuelve locos. (*N. del E.*)

Tampoco se contaba con un plan general para la campaña. Las dudas y las vacilaciones acerca del proyecto que se debía seguir habían aumentado después de un mes de estancia del emperador en el cuartel general. Cada uno de los tres ejércitos tenía su comandante en jefe, pero no había un general en jefe para dirigir el conjunto, y el emperador no quiso asumir ese cargo.

Cuanto más tiempo pasaba Alejandro I en Vilna, tantos menos preparativos se hacían para la guerra, pues todos estaban cansados de esperarla. Todas las aspiraciones de los que rodeaban al emperador parecían concentrarse en hacerle pasar agradablemente el tiempo para no olvidar la guerra inmediata.

Después de muchos bailes y fiestas organizados por los magnates polacos, por los cortesanos y el emperador mismo, en el mes de junio uno de los generales ayudantes del emperador tuvo la idea de ofrecerle un baile y una comida en nombre de sus colegas. Todo el mundo acogió con alegría aquella idea. El emperador dio su consentimiento. Los generales ayudantes de campo recogieron el dinero por medio de una suscripción. La dama que más podía agradar al emperador fue invitada para ocupar el lugar de la presidencia. El conde Bennigsen, propietario de la provincia de Vilna, ofreció su casa de las afueras para la fiesta. Se anunció para el 13 de junio el baile, la comida, paseos en barcas y fuegos artificiales en Zakret, las afueras de Vilna, en la finca del conde Bennigsen.

El mismo día que Napoleón dio orden de atravesar el Niemen y que sus tropas de vanguardia, rechazando a los cosacos, cruzaron la frontera rusa, Alejandro I pasaba la velada en el baile que los generales ayudantes de campo habían organizado para él.

La fiesta era alegre y brillante; los entendidos en la materia decían que rara vez se podían ver reunidas tantas mujeres hermosas. La condesa Bezújova, entre otras damas rusas que habían venido siguiendo al emperador desde San Petersburgo a

Vilna, se encontraba en el baile y eclipsaba con su poderosa belleza, la belleza rusa, a las refinadas mujeres polacas. El emperador se fijó en ella y se dignó sacarla a bailar.

Borís Drubetskói, *en garçon*, como decía, pues había dejado a su mujer en Moscú, asistió también al baile y, a pesar de no ser general ayudante, había contribuido con una gran cantidad a la suscripción para la fiesta. Por aquel entonces Borís era un hombre rico, que también había conseguido los honores, y ya no buscaba protección, sino que trataba de igual a igual a personas superiores a él.

A medianoche, aún se seguía bailando. Hélène, que no tenía un caballero digno de ella, propuso una mazurca a Borís. Formaban la tercera pareja. Borís miraba con indiferencia los hombros desnudos y deslumbradores de Hélène, que emergían de su oscuro vestido de gasa, bordado en oro, mientras le contaba cosas de sus viejas amistades y, al mismo tiempo, no dejaba de observar disimuladamente al emperador, que se encontraba en la misma sala. No bailaba; permanecía en pie junto a la puerta y tan pronto detenía a unos como a otros con afectuosas palabras que sólo él sabía decir.

Al empezar la mazurca, Borís vio que el general ayudante de campo Balashov, uno de los personajes más íntimos del emperador, se le había acercado, no como cortesano. Después de cambiar unas palabras con la dama con quien hablaba, el emperador interrogó con la mirada a Balashov y, comprendiendo, sin duda, que éste había procedido de aquel modo impulsado por alguna razón importante, saludó a la dama y se dirigió al general. Desde las primeras palabras de Balashov, el rostro de Alejandro I expresó sorpresa. Le cogió del brazo y atravesó la sala sin darse cuenta de que a ambos lados los circustantes retrocedían para abrirle paso. Borís observó el semblante alterado de Arakchéyev en el momento en que el emperador pasaba con Balashov. Arakchéyev miró de reojo al emperador, emitiendo un ligero ronquido con su nariz encarnada, y salió de

entre la multitud como si esperase que el emperador se dirigiera a él. Borís comprendió que Arakchéyev tenía envidia de Balashov y estaba disgustado de no haber podido ser él quien transmitiera aquella importante noticia.

Pero Alejandro I y Balashov atravesaron la puerta que daba al jardín iluminado sin ver a Arakchéyev. Éste, con la mano en la espada y mirando en torno suyo con expresión de ira, los siguió a la distancia de unos veinte pasos.

Borís continuó bailando la mazurca atormentándose sin cesar con la idea de cuál sería la noticia que había traído Balashov y cómo haría para enterarse de ella antes que los demás.

En la figura de baile en que debía escoger a la dama, Borís cuchicheó a Hélène que quería sacar a la condesa Potocka, que, según le parecía, se hallaba en el balcón. Deslizándose por el parque se dirigió al jardín, pero se detuvo al darse cuenta de que el emperador entraba en la terraza acompañado de Balashov. Venían hacia la puerta. Como si no hubiera tenido tiempo de apartarse, Borís se apretó contra el quicio de la puerta e inclinó la cabeza.

Con la alteración de un hombre que se siente ofendido, el emperador terminaba la frase siguiente:

—¡Entrar en Rusia sin haber declarado la guerra! ¡No me reconciliaré con él mientras quede un solo enemigo armado en mi tierra!

A Borís le pareció que el emperador pronunciaba esas palabras con agrado. Estaba contento de la forma de expresión de su pensamiento, pero le había contrariado que Borís lo hubiese oído.

—¡Que nadie se entere! —añadió frunciendo el ceño.

Borís comprendió que aquellas palabras se dirigían a él y, cerrando los ojos, inclinó ligeramente la cabeza. Alejandro I volvió a entrar en la sala y permaneció en el baile otra media hora.

Borís fue el primero en enterarse de que las tropas francesas habían atravesado el Niemen, y esto le dio ocasión para de-

mostrar a algunos personajes importantes que sabía muchas cosas secretas para los demás. Esto le favoreció una vez más para elevarse en la opinión de tales personajes.

La noticia de que los franceses habían atravesado el Niemen llegaba inesperadamente después de un mes de vana espera y de bailes. En los primeros momentos, el emperador, indignado por aquel agravio, había encontrado aquella frase que se hizo célebre y que le agradaba tanto porque expresaba exactamente sus sentimientos. Al regresar del baile, a las dos de la madrugada, llamó a su secretario Shishkov y le dijo que escribiese la orden a las tropas y el decreto al mariscal de campo príncipe Saltykov exigiendo que en ambos documentos constasen las palabras: «No me reconciliaré con él mientras quede un solo enemigo armado en mi tierra».

Al otro día se escribió a Napoleón la carta siguiente:

«Monsieur mon frère: J'ai appris hier que malgré la loyauté avec laquelle j'ai maintenu mes engagements envers votre majesté, ses troupes ont franchi les frontières de la Russie, et je reçois à l'instant de Pétersbourg une note par laquelle le comte Lauriston, à cause de cette agression, annonce que votre majesté s'est considérée comme en état de guerre avec moi dès le moment où le prince Kourakine a fait la demande de ses passeports. Les motifs sur lesquels le duc de Bassano fondait son refus de les lui délivrer n'auraient jamais pu me faire supposer que cette démarche servirait jamais de prétexte à l'agression. En effet, cet ambassadeur n'a jamais été autorisé comme il l'a déclaré lui-même, et aussitôt que j'en fus informé je lui ai fait connaître combien je le désapprouvais en lui donnant l'ordre de rester à son poste. Si votre majesté n'est pas intentionnée de verser le sang de nos peuples pour un malentendu de ce genre et qu'elle consente à retirer ses troupes du territoire russe, je regarderai ce qui s'est passé comme non avenu, et un accommodement entre nous sera possible. Dans le cas contraire, votre majesté, je me verrai forcé

de repousser une attaque que rien n'a provoquée de ma part. Il dépend encore de votre majesté d'éviter à l'humanité les calamités d'une nouvelle guerre.

Je suis, etc.

*(Signé) Alexandre»*¹

4

A las dos de la madrugada, el emperador llamó a Balashov y, después de leerle la carta para Napoleón, le ordenó que la entregara personalmente al embajador francés. Al despedir a Balashov, Alejandro I dijo de nuevo que no se reconciliaría con Napoleón mientras quedase un solo enemigo armado en tierra rusa, y le encargó que sin falta repitiera textualmente esas palabras al emperador de los franceses.

Alejandro I no las había escrito en la carta porque, gracias a su tacto, se daba cuenta de que ello no era conveniente en el

1. «Señor y hermano: Ayer supe que, a pesar de la lealtad con que he mantenido mis compromisos con vuestra majestad, las tropas francesas han cruzado las fronteras de Rusia, y acabo de recibir de San Petersburgo una nota en la que el conde de Lauriston, con motivo de esta agresión, anuncia que vuestra majestad se considera en estado de guerra conmigo desde el momento en que el príncipe Kurakin ha solicitado sus pasaportes. Los motivos por los que el duque de Bassano se negó a entregárselos nunca hubieran podido hacerme suponer que este paso serviría de pretexto para la agresión. En efecto, ese embajador no ha sido autorizado, como lo ha reconocido él mismo, para obrar como lo hizo, y tan pronto como me enteré de ello le comuniqué que desaprobaba su conducta, ordenándole que permaneciera en su puesto. Si vuestra majestad no tiene la intención de derramar la sangre de nuestros pueblos por una equivocación de este género y consiente en retirar las tropas del territorio ruso, consideraré todo como si no hubiera ocurrido y será posible un acuerdo entre nosotros. En caso contrario, majestad, me veré obligado a rechazar un ataque que nada ha provocado por mi parte. Una vez más depende de vuestra majestad evitar a la humanidad las calamidades de una nueva guerra. Soy, etc. Firmado, *Alejandro*.»

momento en que se hacía el último intento de reconciliación. Sin embargo, ordenó a Balashov que se las transmitiera de palabra a Napoleón.

Acompañado de un corneta y de dos cosacos, Balashov emprendió el camino en la noche del 13 al 14, y al amanecer llegó al pueblo de Rykonty, ocupado por las avanzadillas francesas a este lado del Niemen. Unos centinelas de la caballería francesa lo detuvieron.

Un suboficial de húsares francés, con uniforme azul y gorro peludo, dio un grito a Balashov ordenándole que se parara. Éste no lo obedeció en seguida, sino que prosiguió su camino carretera adelante.

El suboficial francés frunció el ceño y, mascullando juramentos, avanzó con el sable desenvainado hacia Balashov; le preguntó en forma grosera si era sordo o por qué no se enteraba de lo que le decía. El general ruso dijo su nombre, y el suboficial destacó a un soldado en busca del oficial.

Sin hacer caso de Balashov, el suboficial empezó a hablar con sus compañeros acerca de su servicio. A Balashov le resultaba muy extraño ver allí, en territorio ruso, aquella actitud hostil y, sobre todo, irrespetuosa, después de su intimidad con el zar y de su conversación de hacía tres horas. Estaba acosumbrado, por su situación, a ser recibido en todas partes con los mayores honores.

El sol comenzaba a mostrarse entre las nubes; el aire era fresco y húmedo. Por la carretera de la aldea avanzaban rebaños; por los campos, semejantes a unas burbujas sobre el agua, las alondras volaban una tras otra lanzando gritos.

Balashov miraba en torno suyo mientras esperaba a que llegase el oficial. Los cosacos, el corneta y los húsares franceses se miraban silenciosamente.

El coronel de húsares francés, que evidentemente acababa de salir de la cama, llegó de la aldea montando un magnífico caballo gris bien alimentado, acompañado por dos húsares. El